La niña de Plata

Novela inédita

por

Diego San José

A mi querido amigo D. Julio Gómez Moral, qua anda con libros y contiende con poetas cada día.

I

No había otra posada tan concurrida en toda la corte.

La flor de los arrieros castellanos y de los vinateros manchegos venían a parar en ella y, asimismo, no se desdeñaban de honrarla muy notables gentes de más alta condición.

Muchos hidalgos paraban allí antes que en las más famosas, y aun dicen que hubo señores de campanillas que desde su provincia, cuando tenían que venir a la villa cortesana, ya tenían pedida habitación.

Cuantas calles circundan la Morería bien pudieran tenerse por corredores de su patio.

En la puerta siempre había carros esperando que otros saliesen para tomar el puesto vacío, y pocas veces dijeron los mozos al entrar alguien pidiendo aposento:

—Tal está desocupado. Sino: espere, que mañana parece que ha de quedar libre este o el otro; pero no deje de venir en cuanto amanezca, si es que no quiere quedarse sin él. Era mucha posada.

¿Se piensan, por acaso, que tal favor y ansia de habitar en ella fuese por la mucha comodidad de los aposentos, por el arte sublime y sazonado de las guisanderas o acaso por la civilidad del huésped?

Pues así lo yerran, como si tuviesen la ley de Moisés por más cierta y verdadera que la doctrina de Cristo, padre y señor único de las almas.

Sépanlo de una vez.

Toda la fama de este mesón se debía a una de las mozas, sobrina del amo, la cual, al decir de los que la conocieron, no era sino la misma luna que había caído de bruces en la tierra.

¿Que cómo vino a dar allí, siendo tan peregrina?

Parece que porque se perdió mal de su agrado y de mala manera, y siendo moza de pundonor, hasta tanto que no borrare el tiempo su mal paso no quiso salir de entre la gañanía.

Se vio sola en el mundo, sin más familia próxima ni lejana que aquel pariente de su madre, y acá se vino tras él desde el emporio del saber, que es Alcalá de Henares.

*

Dicen que lo mismo de grandes que de chicos admitía requiebros y galanteos, pero de nadie otra cosa, aunque parecía que, por su aquel abierto y campechano, a más daría lugar; pero no hubo quien pudiera ufanarse de ello.

Siendo de noche, que ya habían terminado los quehaceres, permitía el tío que se reunieran huéspedes y criados en la cocina, si era invierno, y en el patio, si era estío, y allí bromearan y tuvieran en fin su rato de expansión.

Más de una vez se armó jarana y se cantó de lo lindo.

En el cante andaban, a quienes podían más, las seguidillas manchegas, los jaleos andaluces, las parrandas murcianas, y las jotas de Castilla.

También era cosa que sabía hacer muy bien La niña de Plata (que este lindo remoquete daban a la moza), y al eco de su agradable voz palpitaron hartas veces los corazones.

*

La reja florida de su aposento, que más parecía un altar, daba a una calle angosta, a espaldas

de la posadilla, y, siendo las diez de la noche, los mozos que habían hecho tertulia en la cocina y algunos de la vecindad se congregaban en torno de ella en son de ronda. Y ya puede jurarse que más madrigales rústicos florecían allí que flores en las macetas.

Pero hubo una de las veces que se hallaron al mismo tiempo dos bandos distintos, y, en lugar de música, se levantó una nube tal de palos y denuestos, que más de cuatro cabezas debieron de salir con los cascos rotos.

Al día siguiente prohibió el corregidor el festejo, y aun parece que mandó recado a la niña (por medio de un alguacil que también le era aficionado), que se abstuviera de concitar los deseos ni exacerbar las voluntades con salir a la ventana, y que, si lo hacía, ya buscaría Su Excelencia otro modo de mandárselo de manera más enérgica.

—Bien podrá estarse Su Señoría muy tranquilo en su Corregimiento —respondió—, que ni de aquí adelante ni atrás asistí yo una sola noche en la reja, que solía yo dormir mientras ellos alborotaban la vecindad. Parleta dentro de casa cuanto ellos quieran, porque es anzuelo de la bolsa y redunda en bien de la de mi tío; pero fuera, que ninguno espere tener de mí otra cosa que el natural saludo que entre cristianos es costumbre.

Y a fe que la muchacha hablaba como un libro, y nadie fuera capaz de decirle que mentía.

Ya quisieran, en voluntad y en palabra, parecérsele muchas damas de alto linaje, de estas que son espejos de pundonor y virtud bajo su palabra, pero no sobre las averiguaciones ajenas.

II

No se piense que el curador y tutor de aquella perla (Manchao le decían por mal nombre al mesonero) la tuviera de continuo en un puño sin dejarle asomar siquiera a la puerta de la calle.

Muy al contrario, la muchacha era quien le tenía robada la voluntad, y no se hacía en aquella casa otra cosa más de lo que le parecía bien a la garrida sobrinilla.

Muchas tardes, como no fueran de mercado, juntos solían irse a merendar a las riberas del río o allá por el ancho campo de las Vistillas, y más de una vez se alargaron (que el viejo era buen andador) hasta las eras de Carabanchel.

A este tiempo que vamos estaba Madrid revuelto a causa de las fiestas que hacía la villa para celebrar la canonización de su bienaventurado protector San Isidro del Campo.

Hubo toros en la Plaza, juegos de cañas y certámenes literarios.

Y a la fiesta de cuernos, que era la más divertida y populachera, llevó el Manchao a la moza.

Más diversión que la fiesta en sí constituía la algazara y bullicio de la gente que a ella iba.

Sobre todo, en la parte que toca a la grandeza, porque fue lo más florido, y los mismos reyes, desde los balcones de la Panadería, honraron el bureo con su presencia.

No es este lugar para hacer crónica de las bravas proezas de los lidiadores y notable pujanza de los nobles y poderosos brutos, que, de serlo, yo hiciera aquí elocuente panegírico, que al fin habría de redundar tanto en loor de unos como de otros.

Baste decir que hubo buena cosecha de heridos y aun de muertos, alguno de los cuales no debió su ausencia de este valle de lágrimas a la fiereza de los bichos, sino a las porras de los chulillos y alguaciles, que no tenían otro medio más expeditivo para despejar la arena que quebrando los cascos a los importunos.

*

Ya iba la función muy entera, cuando de pronto Ginesilla (que tal era el nombre que recibiera en la pila del bautismo La niña de Plata) cortó por entero la atención del Manchao,

que no quitaba ojo de cuanto ocurría en los medios de la Plaza.

—¿Qué es ello, muchacha? —dijo.

A lo que respondió ella, con el rostro más amarillo que la cera:

—Que nos vamos, tío.

—Esa es buena —replicó el viejo—, que nos vamos ahora que va esto en lo mejor. Pues, ¿por qué causa?

—Porque está ahí ese. Mire si es pequeño el motivo.

Y más que mirar, señaló con los ojos hacia su diestra.

Hacia donde indicó miró presto el Manchao, y así como la bien concertada faz de su sobrina había cambiado de sonrosada en amarilla, la suya tomó el color verdoso de los inquisitoriales cirios que sacan los tristes reos en los autos de fe.

Y así en cuanto reconoció al personaje, el cual, mirándolos de soslayo, sonreía con notable cinismo, se le aguó la fiesta tanto a más que a la pucela.

Entre codazos, por vidas y denuestos, consiguieron abrirse paso sobrina y tío y salieron al fin de la Plaza por la calle que dicen de la Amargura, que es la misma que sirve de entrada en el vasto recinto a los desdichados que van a fenecer en él por rigores de la Justicia o despotismos del Santo. Tribunal.

*

Aquella pena que la niña de Plata tenía sobre su corazón le solía florecer cuando menos lo esperaba, y ya, mientras le duraban los resplandores de ella, perdía todo humor y sosiego.

III

Dos años antes de que Ginesica fuese recogida por su tío, parece que estuvo sirviendo en Alcalá de Henares en casa de un grave lector de la Universidad, que a esta humilde condición de la servidumbre la trajeron los apretados rigores de la suerte.

Contaría apenas dieciocho años, y dicen que era la misma luz del alba en un amanecer de abril.

Tan bien dicen que cayó en casa del señor catedrático, que más la tenía la señora (que ya era anciana) por hija que por sirviente.

Los domingos y fiestas de guardar, en que la acompañaba a misa de once, y algunas tardes al rosario, no hacía otra cosa que producir deserciones en las filas de Cristo, pues la mayoría se pasaban a su bando, y mejor adoraban a su persona que a las imágenes de los bienaventurados.

*

Por espacio de algún tiempo todo fue mansamente, como las tranquilas y apacibles aguas de Torote, humilde arroyo con fueros de río que besa las lindes de la ciudad doctora.

Muchas veces, los amos elogiaban a solas la formalidad y discreción de la fámula, que teniendo bulas para ser algo más vivaracha y amiga de galanteos, no era sino pulido espejo de la honestidad y el buen comportamiento.

Pero he aquí que, como Dios no permitía la existencia del Diablo, sino para desasosiego de los humanos y prueba de las almas bien templadas, se metió tan negro señor de por medio y todo lo tiró por tierra.

Y fue de esta suerte.

Asistía al estudio un estudiantillo sopista, que era al mismo tiempo (con el fin de atender a la sustentación) secretario de su señoría, y con este motivo acostumbraba a pasar las tardes y horas primeras de la noche en la casa.

Era hombre que tenía muy buena gracia y notable don de gentes, que no había quien comenzara a tratarle que no le quedase aficionado. Mas luego, dicen que solía tirar hacia las cunetas de la bellaquería y la desaprensión.

En fin, que manejaba diestramente el dorado anzuelo que necesita todo pícaro para pescar voluntades.

Desde que viera a Ginesica, ya no tuvo el hombre lugar en su pensamiento para otra cosa que no fuera ella, y no perdonó medio ni sistema para hacérsele agradable.

Ciertamente que no tuvo que recurrir a grandes esfuerzos, porque, como ya se ha dicho que todo este juego estaba preparado por el diablo, presto la muchacha tuvo que decir quieros a los envidos.

Le hizo creer que era mayorazgo de una bien acomodada casa alcarreña, y que a final de aquel curso iba a doctorarse de leyes. Que estaba un poco apartado de la familia por no llevarse bien con un cuñado, y así tenía necesidad de ayudarse con lo que el señor doctor le daba por llevarle los papeles y la correspondencia.

En fin, para no cansar (que la historia se haría larga si fueran a asentarse todos los capítulos en esta breve narración), que la boba Ginesa se enamoró con más ansias de lo que le está bien, y consintió en cuanto quiso pedirle el sopista; aun en unos anticipos sobre la palabra de matrimonio, los cuales fueron pagados con mucha esplendidez y cobrados con demasiada avaricia.

*

Tan discretamente fue llevado este martelo por la parte de la moza, que nadie lo conoció, y menos que todos, sus mismos amos.

Hasta que una noche, al entrar en casa, le dijo su merced el señor doctor:

—Después de que se haya retirado la señora, pasa a mi estudio, que tenemos que hablar.

El gesto duro de su merced, al que la moza no estaba acostumbrada, pues siempre que le habló hasta entonces lo hizo como un padre cariñoso, le dejó en el ánimo esperanza de pesadumbre.

Terminó la cena.

Se dio gracias a Dios, y así en cuanto dejó al ama recogida, pasó la moza al estudio de su merced, donde mantuvieron ambos este coloquio.

IV

—Ginesa, hija mía. Me pesa este momento tanto como puede pesarme el perderte; pero él es necesario, porque se trata de tu opinión y de la tranquilidad de esta. casa. A lo que tengo que preguntarte quiero que me respondas con toda verdad, sin que en tu alma quede el más pequeño resquicio. Haz cuenta de que es a un mismo tiempo una confesión y una confidencia.

—Hable, señor, que me tiene el alma angustiada con ese preámbulo.

—El caso es grave para ti, y tengo que decirte en tu honor que no lo creo. ¿En qué situación te hallas respecto a Laurencio, mi secretario?

Mortal quedó Ginesa con esta pregunta, y no respondió de momento, tanto que en este silencio vio su merced toda la verdad.

—Ese silencio tiene una grande elocuencia que me llena de pesar, y no es la pena porque

te hayas enamorado, sino por el infame lugar donde fuiste a poner tu cariño.

—Pues, dígame, señor, ¿qué tiene de infame?

—¿Tú le quieres?

—Sí.

—¿Y le has dado más que el amor?

—Me juró por la pasión de Dios que terminado el curso me llevaría a su casa y allí nos casaríamos. Vuesamerced sabe que estoy sola en el mundo, pues no tengo más familia que un tío lejano.

—Pues sabe, pobre niña, que ello no ha sido más que una apuesta que para burlarte tenía hecha con unos compañeros.

—¡Jesús!

—Esta misma noche, ¿no tendría que venir a pasarla contigo como otras saltando por las tapias del huerto y entrar desde allí a tu estancia?

—Sí, señor.

—Pues media Universidad, si no toda, le servirá de escolta para ser testigo de la hazaña, que en esto consiste la apuesta que había hecho. Blasonó entre los demás de haber conseguido tus favores, y sabiendo todos, como saben, tu buena fama, que casi encubre a tu peregrina belleza, no le creyeron, y le dijeron que ello era petulancia, y él apostó y les convidó a presenciarlo, dándoles como señal cierta el hacer luz en tu cuarto.

Un mar de lágrimas afluyó de los dulcísimos ojos de la burlada, y por un buen rato, en el aposento, no se escuchó otra cosa que el ahogo de los suspiros.

*

—Pues bien, hija mía, aún estás a tiempo de arrepentirte de tu desvarío, y para ello te ofrezco mi compasión y ayuda. Ingresarás en un monasterio de esta ciudad, si a ello estás dispuesta; pero, si no, con todo sentimiento te aviso que desde el punto y hora que hagas renunciación a ello, no podrás estar un minuto más en esta casa. Toda la noche te queda para pensarlo. En lugar de tu cuarto ocuparás, hasta mañana, este otro que hay medianero de nuestra alcoba. ¡Que Dios te asista y te ilumine!

Y dio el viejo por terminada la entrevista.

V

Salió Ginesa del estudio que apenas podía tenerse en pie.

En lugar de ir al aposento que su amo le indicara, fuese al suyo.

Con lo más preciso de su ropa hizo un atado, tomó el dinero de sus salarios y, bajando al huerto, salió de la casa por la misma puerta que otras noches entraba su traicionero y villano amor.

VI

La luna brillaba espléndida, y todo era paz y sosiego en aquella parte de la ciudad. Ni el menor ruido venía a interrumpir tan augusta quietud.

Apenas había andado unos pasos fuera de la casa, para embocar en la calle Mayor, oyó una voz que dijo su nombre.

Se detuvo medrosa y quiso retroceder; pero la voz volvió a llamarla, y no parecía por lo apagado del sonido, sino con ánimos de paz, que ella al principio no pensó que fuera otra que la del traidor Laurencio.

—¿Quién me llama? —acertó a preguntar.

Y entre las sombras de la tapia se destacó la figura de un hombre.

—Me conocéis muy poco; yo a vos, mucho —dijo—. Soy estudiante en la Universidad. Sólo dos veces estuve en casa de nuestro lector.

—Y, ¿qué queréis de mí? ¿Sois por casualidad de la canalla de Laurencio? —rugió la ofendida.

—No, Ginesa; yo soy de los que escucharon la apuesta y el único que recibió mal al escucharla, porque, aunque jamás os lo dije, estoy enamorado de vos con una locura tan grande, con una devoción tan pura, que mi mucho amor y el creerme yo indigno para alcanzar tan alta merced me privó de confesároslo.

—¿Y a qué vinisteis ahora?

—A cerciorarme de si Laurencio dijo o no la verdad; y, si la dijo, porque fue un villano con arrojar al cieno el buen nombre de tan hermosa mujer, y, si mintió, por rufián y mal nacido, a quitarle a él después la vida como a vos os ha quitado la honra.

Había tal nobleza y tanta emoción en las palabras de aquel hombre, que a juzgar por el timbre de la voz casi era un niño, que Ginesa quedó otro buen espacio sin saber qué responderle, tanto que él fue quien tornó a hablar de nuevo:

—¿Dónde ibais ahora?

—No sé —dijo maquinalmente la muchacha—; fuera de Alcalá, al último rincón de la Tierra, donde no haya nadie, donde no supiera de él, ni aun el recuerdo de su infamia me despedazara el corazón. Creedme, que, si hubiera tenido valor, ya estaría muerta a estas horas.

De nuevo las lágrimas vinieron a nublar sus hermosos ojos.

Sin osar acercarse demasiado, no dejaba el estudiantillo de hacer promesas de amor envueltas en amenazas contra la inaudita y cobarde bellaquería de Laurencio.

—Siempre os creí tan pura como vuestra belleza —decía—; que nadie hablaba de vos en Alcalá si no era para elogiaros por hermosa y por honesta; pero, como la malhadada suerte ha querido poneros esta noche en mi camino, os acepto, Ginesa, y me tendría por el más feliz de los mortales si ahora que estás sola en el mundo y sin amparo fueses servida de consentirme. No pido ya que me ames, que esto por ahora sería imposible, sino que me admitáis, y seré para ti como un esclavo, que te serviría de rodillas y besaría loco de amor y de agradecimiento la huella de tus plantas.

Y el infeliz, sin ser ya dueño de sí, cumplía en parte sus amonadas promesas, arrastrándose de rodillas; mas, en parte, dejaba de cumplirlas, porque habiendo prometido besar las huellas de los pies, no besaba sino las rosadas y gordezuelas manos.

En esto se oyó en el comienzo de la calle ruido de pisadas y algún que otro eco de risas.

—¡Ay, Dios mío!, que es el infame —exclamó Ginesa.

—Ellos son, en efecto —apoyó el estudiante, y se dispuso a recibirles.

*

Llegaron.

El nuevo adorador se fue hacia Laurencio, y allí comenzó la disputa, que terminó en notable zalagarda de palos y pretinazos.

Se alborotó la gente, y a poco llegó una ronda.

Ginesa, que vio el pleito tan mal parado, se escurrió prudentemente para que su deshonra no fuese autorizada con su presencia y, echando hacia el camino de Madrid, tuvo la suerte de hallarse con unos arrieros, que por unos cuantos reales la permitieron subir en una de las

caballerías.

Verdadero camino de amargura fue aquel hasta la corte.

Llegó a Madrid, donde vino a hallar a su tío.

Le refirió cuanto hasta allí le aconteciera de su vida, y el hombre, que, como ya se ha dicho antes, era muy gran maestro del vivir, procuró consolarla con la inagotable fuente de la filosofía, diciéndole por cabo que quizá, cuando lo pensase menos, y más lejos tuviera aquel recuerdo de las celdillas de su memoria, se le presentaría la ocasión de la venganza.

Y terminó con aquello de «Arrieros somos, y todos andamos los mismos caminos».

Le dio, en fin, la tutoría y gobierno de la posadilla, que por el entonces estaba bastante desacreditada por el caso de que el anterior huésped, por ciertos resabios que tenía de la raza de Leví, había fenecido siendo yesca en el brasero de la Santa Inquisición...

Y ya se deja sabido cómo iba el negocio posaderil a punto de comenzar las páginas de esta cierta y dolida historia.

VII

Por quitarse en lo posible del mal pensamiento habido en la Plaza, Ginesica se aturdía con el trato de los huéspedes.

Parecía más alegre y jovial que nunca, tanto que a veces se excedía, y llegó a dar que pensar si es que ya estaría dispuesta a dar algo más que la conversación.

En la alta noche, continuaba siendo su reja plantel de celos, amores y estocadas, y dicen que alguna vez ella misma salió a encender los odios con la luz de sus ojos.

Una tarde dicen que Laurencio cruzó ante el zaguán de la posada al tiempo que cruzaba Ginesa hacia el patio.

Se paró el cínico en el mismo dintel, y al advertir el desconcierto de su antiguo oíslo se rio irónicamente.

Llena de ira y pesar se retiraba, cuando le salió al paso uno de los galanes, que, pensando que era ocasión para floreos, le dijo no sé qué resabios de madrigal, al que la favorecida respondió con un respingo tan inesperado que curó el hombre de guardar sus oraciones paganas para mejor y más propicia ocasión.

Desde aquella tarde, ya todas pasaba Laurencio a la misma hora ante la posada de El Manchao, y una que era de domingo entró zaguán adentro, con tres o cuatro bigardos más, diciendo:

—Venid acá, que se vende el mejor sudorcillo de vides que da la Mancha, y lo sirve la moza más bonita de España.

*

Se presentó un mozo dispuesto a servirles, pero Laurencio le dijo que, si no era la moza quien les asistiera, no querían nada.

Llegó en esto el Manchao, y, vista la insolencia del hombre, quiso ventilar el pleito como él sabía, que era a trancazo limpio; pero, así como lo advirtió la niña de Plata, conoció que ello no sería sino dar un cuarto al pregonero sobre su deshonra, y le suplicó que lo dejara a su cargo, que ella sabría acabar secretamente aquel mal negocio.

De muy mala gana se sosegó el huésped y, si a ello se avino, bien puede tenerse por seguro que, antes que por respetar la buena opinión de su sobrina, fue para que no se quebrantase la fama del establecimiento.

*

Se acercó, pues, Ginesica, como si ciertamente no fuese más que moza asalariada, y sin hacer demostración de conocer al bellaco, ni aun de que le hubiera visto en todos los días de su vida, se dispuso a servirle.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

Y Laurencio, haciendo ademán de tomarle la cara, respondió:

—Acá, los amigos, creo que vino; yo, un beso.

Se echó atrás la moza y se volvió hacia la bodega, volviendo de allá al poco con una ventruda jarra talavereña, repleta de vino.

La puso sobre la mesa, y sin esperar a más se marchó.

Viendo Laurencio que sus propósitos no daban resultado, antes bien, traían barruntos de grescas, pues ya los mozos de la posada comenzaban a mirarlos con los ojos bizcos, decidió levantar el campo; mas antes de marcharse dijo a uno de los infinitos devotos de la niña, que la miraba con mucho arrobamiento el ir y venir, sin perderle pisada:

—Qué, buen hombre, ¿le gusta la moza?

Y el otro, que entendió que de buena fe se lo preguntaban, respondió en tono de broma:

—Más que los torreznos.

A lo que arguyo bárbaramente y con voz bastante recia, de modo que le oyeran muchos:

—Pues si viera qué buen dormir tiene.

Y salió de la posada con su cínica cohorte.

VIII

Los achaques de los años y la crudeza del tiempo, hacía más de una semana que tenían tullido al viejo Manchao.

Pero nadie lo habría advertido en la posada porque disminuyera el buen régimen de la casa y la atención de los parroquianos, que todo lo llevaba la niña de Plata como sobre ruedas.

Solo una cosa había que desasosegaba a todos: que Laurencio dio en ser bravo además de cínico, y la mayoría de las tardes acudía a desacreditar a Ginesa y a darlas de jaque si hubiera quien osara defenderla.

Tirada ya la honra por la ventana, la moza se mostró más desenvuelta, y ello no era sino por buscar quien se creyera con fueros de galán y le parase los pies al osado; pero se encontró con que nadie tenía amor para tanto como para exponerse a un disgusto, antes bien, la mayoría de los galanes terminaron por hacerse de la partida de Laurencio y beber a su costa.

*

Un día apareció en la posada aquel estudiante enamorado que se sintió paladín suyo contra la incivilidad de Laurencio,

Como un sediento que se muere de sed, se fue hacia Ginesa (que para más ventura suya fue la primera persona que halló).

No le recibió mal la moza, sino que se alegró en el alma, aunque no quiso dárselo a conocer de primeras.

—No sabéis —le dijo— la pena que tuve cuando volví a mi cabal sentido y me encontré sin vos; me parecía que cuantos males y desventuras me tuvieran que suceder en la tierra me habían sucedido ya. Eran muchos y estaba yo solo; un mal alma, que no pudo ser otro que Laurencio, me hincó una ballestilla en el costado. De ello, he estado seis meses entre la muerte

y la vida. No quise decir a la Justicia en qué ocasión fue, por buscar yo mismo el placer de la venganza. Desde que salí del Hospital ando tras las huellas de Laurencio. Me han dicho que está en Madrid, y en su busca vengo. Ya puede pedir a Dios, si sabe que le voy a los alcances, que no le llegue a encontrar, porque, de ser así, yo os juro que de esta hecha paga lo vuestro y lo mío como si ambas fuesen una sola cuenta.

Pidió luego cortés y discreta razón de cómo venía a hallarla en aquel estado de moza de posada, siendo ella más para ser señora, y como lo supo, y dijo que si tendrían cuarto para él. Le respondió Ginesa que no podía decírselo aún, pero que volviese por la tarde, porque le parecía que un sedero de Murcia que ocupaba uno en el primer corredor tenía hecha voluntad de partir aquella misma noche.

Poco más hablaron, que por ser aquellas las horas de más quehacer no tenía tiempo de entretenerse, y salió el bueno de Ricardo (que así se llamaba el estudiante) con promesa de tornar al caer del sol.

*

No pasó desapercibida la visita para la gente posaderil, y por no dejar las lenguas quietas comenzaron a murmurar y a gastarle bromas a la moza, que así las escuchaba y atendía como si oyese llover.

—Envidia, y nada más que envidia —les decía por darles dentera.

—Ya sabía yo —replicaba algo más que picado un rico pajero de Fuenlabrada— que mi niña tenía que hocicar con algún moco lindo.

—Está claro —le ayudaba otro—; ¿no ves, hermano, que la gente de pueblo tenemos las manos muy ásperas?

—Yo que te había mercado en la feria de Torrijos —le decía un carretero toledano— un pañuelo de puntas y una saboyana... Si has de engalanarte para otro, bien está en el arca, allá que lo aproveche mi mujer, que tal regalo se encuentra sin pensarlo.

A unos y otros dejaba decir y, aunque no eran más que impertinencias, tirando todas ellas a las tierras del agravio, aún le daban bascas de risa.

*

En cuanto llegó Laurencio, según había tomado por costumbre, le contaron sus afectos, que, como antes se ha dicho, eran todos los que se emborrachaban a su costa, la visita que en la mañana había recibido Ginesa.

Calló, y, aunque mucho le pincharon, no quiso hacer comentario de ninguna especie, y al apurarle mucho solo respondió con palabras no muy gentiles, en las que iban envueltas amenazas para los amigos de meterse en vidas ajenas.

Cruzó la niña de Plata.

Laurencio, contra la costumbre, no la ofendió, antes bien, estuvo humano, pues se interesó por la salud de la familia preguntando cómo continuaba el tío.

Secamente respondió la moza a todo, y continuó su camino.

Como los satélites de su merced vieron que se le había agriado el humor y que aquella tarde no mostraba ganas de historias, fueron desfilando uno a uno, y no tardaron mucho en dejarlo en la soledad de sus buenos o malos pensamientos.

Un buen espacio llevaba sumido en sus meditaciones (que a lo que parece no había otro tema que desmenuzar que lo de la visita a Ginesa), cuando la tal pasó nuevamente.

—Ya me han dicho —le habló— que esta mañana estuviste muy agasajada. ¿Puede saberse quién es el galán? Ello ¿es cosa que va de veras o no es más que ganas de pasar el rato?

—Mira, Laurencio —replicó la moza—, déjame en la paz en la que estaba y no vengas a

esta casa en son de guerra, que nadie te busca. El cinismo y osadía de venir a publicar mi deshonra no quieras vestirle con celos que no tienes derecho a exigirme, bebe tranquilo y vete con Dios.

—No sé cómo decirte, Ginesa, que haya forma de que des crédito de que yo nunca te quise mal, y que cuando ahora de nuevo me presento a tus ojos, si, primeramente, por una incivilidad, de la que yo mismo no acerté a darme cuenta, te vejé y eché por los suelos tu honra entre esta gente, comenzó luego a renacer en mí el amor, y hoy no ansiara tanto la gloria de Dios como un beso de tu boca.

Suspensa quedó la niña con tal discurso.

Estaba oyéndole y no acertaba a darle crédito, pues no comprendía que tanto cinismo pudiese haber en el mundo.

—De quien es maestro en tan pesadas burlas —le respondió— no hay por qué espantarse de que intente una más.

—A fe mía, te juro que nunca te hablé con tantas veras.

—De modo, ¿que esto, a la postre, viene a parar en que me quieres?

—Más que a mi vida.

—¿Y que estás dispuesto a remediar el daño que antes me hiciste?

—¿Cómo?

—Casándote.

—De eso ya trataremos.

—Y de lo demás. Ahora tendría que venir primero el casar; quien sabe si después llegaría el cariño.

Entendió el hombre que con aquellas pocas palabras comenzaba a tener ganada la partida, y asió de una mano a Ginesa; pero esta, como si le hubiera hincado el diente algún bicho dañino, la retiró con violencia tanta que una jarrilla que había sobre la mesa fue a estrellarse contra los picudos guijos del patio.

—Zahareña estás —repuso Laurencio—. No eras así antes, ni, según mis noticias, lo eres tampoco ahora con otro que no sea yo.

Iba a responder la moza a la ofensa, ya con algún otro agravio hecho a la justa medida de aquel con que venían a ofenderla, o quizá con el vaso de estaño que había sobre la mesa, pero no le dieron lugar estas otras palabras de Laurencio, que hicieron muy extraña sensación en su alma:

—Pues entiéndelo bien; cura mucho de que yo no me tope algún día con ese mortal afortunado, porque por arrancarle tu cariño le arrancaré el corazón. Se me antoja ahora que vuelvas a ser mía, y ve mirando cómo lo has de ser. Esta noche quiero hablar contigo como hablábamos en Alcalá. Espérame a las once.

Esto se lo dijo en voz muy baja, teniéndole tomada la mano que antes le desvió y con los ojos como dos ascuas puestos en los de ella.

—Me esperarás —dijo atrayéndola más hacia él—. ¿Vengo?

—Ven —respondió ella.

Y sin aguardar a más, como si aquello fuese lo único que aquella tarde le llevara a la posada de El Manchao, se levantó Laurencio y salió.

En la puerta estaban varios de aquellos que poco antes charlaron con él en el patio, y le dieron noticia de la visita de Ricardo.

—La gloria que más satisface a un caudillo que perdió una plaza —les dijo al pasar ante ellos— es la de la reconquista.

Pero ellos, como no entendían de sutilezas, le dejaron marchar sin responderle, pensando que echaba bernardinas.

IX

Ya iba el sol muy hacia el alcázar de sus ensueños, cuando tornó Ricardo a la posada.

En el mismo zaguán acababan de enjaezar y cargar unos mozos con facha de moros, tres machos corpulentos.

Eran los del sedero murciano que se partía a tal hora, de vuelta a su tierra, como por la mañana dijo Ginesa.

Así como el muchacho lo supo se alegró y se le ensanchó el ánimo, que no le cabía en el cuerpo, porque ello era tanto como dar por hecho que desde aquel instante tendría hospedaje bajo el mismo techo que la enamorada de su alma.

La niña de Plata atendía a despedir al huésped, que era de los mejores, como quien dice, la aristocracia de la casa.

Cabalgó el hombre en el único macho que no llevaba impedimenta, y desde él repartió su protección sobre toda la gente de la posada.

A los mozos echó unas monedas; a los otros parroquianos, un agur, y a Ginesa, un tosco floreo acompañado de una palmadita en la bella faz. Picó a la caballería y salió de la posada seguido de sus mozos, que arreaban las otras dos cabalgaduras...

*

Apenas quedó Ginesa libre de aquel cuidado, atendió a la llegada de Ricardo.

—¿Hay posada para un peregrino? —preguntó este en tono jovial.

Ginesa dijo que aquella misma habitación de que le habló por la mañana acababa de quedar libre con la ida del mercader de sedas.

—Pues tenedme luego, mediante la paga que estipuléis, por dueño de ella.

Echó a andar la moza seguida por el estudiantino con dirección al aposento desalquilado.

—Este es —dijo entrando—, y no diréis, por ahora que me tenéis lejos, pues aquella otra del fondo es la mía —le señaló Ginesa.

—No me diréis eso con el alma como yo os tengo dichas otras cosas.

—Con más voluntad que a otros, por agradecimiento pasados sí queda dicho.

Creyó Ricardo que estas palabras eran darle pie para continuar deslizándose por la rampa de sus pretensiones, y prosiguió la relación de sus amorosas angustias.

—Antes de aquella noche malhadada, muchas deleitosas amarguras me habías dado en el corazón y en el pensamiento; pero desde ella a acá, desde que caí herido por la traidora mano y a vos os dejara a la merced del cielo, ha sido, ¡Ginesa de mi alma !, no tener un solo instante de quietud; yo creo que este mismo anhelo fue quien me sanara por las hambres de buscaros.

—Y mirad si os tendré en las fuentes de mi sangre —prosiguió tomándole una mano y acercándose más a ella—. Sabéis que la otra ansia única que me sostiene es la de hallar a Laurencio para tomar venganza de su felonía, pues, si en las puertas de esta casa le hubiese hallado a él y a vos en el fondo del patio, pasaría corriendo por su lado, aunque me tuviera por cobarde, porque es más intenso el poder de vuestra hermosura que el rencor de mi alma.

Tales palabras ensombrecieron un poco a la moza, tanto, porque no sabiéndole mal, se acordó de aquellas primeras engañosas que le dijo Laurencio, como porque se le representó que pudieran hallarse los dos rivales y acaso de allí a no muchas horas; mas no tuvo tiempo de decir palabra que revelara el estado de su ánimo, porque con grandes y desaforadas voces la llamaron desde el patio, a fin de que recibiese, si podía ser, a una gente nueva que pedía posada.

—Mas, ¿vendréis luego? —dijo anhelante el mozo.

—Luego, para quitaros estos pensamientos —respondió Ginesa, y salió adonde la llamaban.

X

Se quedó el hombre por dueño del aposento, y dueño por dineros legales, no se piense que su condición de estudiante le trajera menesteroso.

Nunca tuvo huérfanas las faltriqueras, porque, a lo que parece, Ricardo era hijo de una acomodada familia, y por ser único jamás le negaron capricho alguno, bien es verdad que ellos no eran alarmantes, pues todo lo empleaba en libros y en cortos viajes.

Pues digo que así como salió Ginesa, quedó el mozo sumido en mil pensares, que todos iban a dar en que a la muchacha no le había parecido mal su determinación; mas de pronto se le nublaba el humor y venía a parar en la vida pasada da Ginesa.

Y los odios contra Laurencio comenzaban a brotarle con tanta desazón, que más que odios parecían sarpullidos.

Salió al corredor por recrearse en mirarla acudir a su quehacer asistiendo a los recién llegados y disponiéndoles aposento.

Como el tío aún estaba con el aquel de sus achaques, seguía siendo la sobrina el alma de la venta.

Un poco más sosegado, porque ya miraba que sus cosas llevaban mejor rumbo, paró la atención en el patio, y aun parece que acertó a darse cuenta de lo que es la república de una posada.

*

Es como si dijéramos, en lo que hace a las de España, un pintoresco resumen de todas las otras provincias, porque allí suelen juntarse la representación plebeya de cada una; y el alma de todo estado es el pueblo.

De toda la península hay alientos y pesares y penas.

El sol recio de las llanuras manchegas, que seca la tierra y cuartea la epidermis y en la aspereza de las vides se entra, allí está en la mocedad de media docenas de arrieros, y de vez en vez, el quebradizo y ligero metro de las seguidillas alegra los ámbitos.

La parda Castilla, que es tierra austera, madre de místicos, de pensadores y de pícaros, suele tener muy gentil representación en trajinantes de Arévalo, mercaderes de Ávila y pañeros de Béjar.

Ganaderos astures y leoneses, también con la rudeza armoniosa de su habla, dejan bien representado el terruño.

Aragón, Cataluña, Murcia y Andalucía, con sus frutos, sus sedas y sus flores llevan una vez por semana una bocanada de su hálito.

Viendo toda aquella batahola de diversas gentes, y más en tal día, que era de mercado, se le acudía al magín aquel párrafo donoso de una de las más notables novelas de Cervantes, en la que doña Claudia de Astudillo y Quiñones, tía postiza de doña Esperanza de Torralva, hace el retrato moral de los españoles:

«… Los vizcaínos son gente corta de razones; pero, si se pican de una mujer, son largos de bolsa.

» Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor a mojicones.

» Hay también aquí una masa de aragoneses, valencianos y catalanes; tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no le pidas más, y si más quieres saber, sábete, hija mía, que no saben de burlas, porque son cuando se enojan de una mujer algo crueles y de no buenos hígados.

» Los castellanos nuevos son nobles de pensamientos, y que, si tienen, dan, y por lo menos, si no dan, no piden.

» Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata lo es, y, si cobre, cobre se queda.

» Para los andaluces hay necesidad de tener quince sentidos, no cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos y sagaces y no nada miserables.

» Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen a casa grosura y mugre».

*

En esto se hizo de noche, y pensando que esta era la hora de más ajetreo en la posada, en la venta, por ser la de las cenas, entró en el aposento, y adobando por sí mismo el candil, que colgado de una grieta en la pared tenía sobre la mesa, se puso a esperar y desesperar el ansiado momento en que Ginesa subiera a darle aquellas prometidas razones.

En 1a mesa había unos libros y unos papeles blancos.

Sin duda que era estancia destinada a los más delicados personajes que pudieran caer en el establecimiento.

Por hacer la espera menos enojosa, se puso a hojear los viejos folios.

El ruido que poco antes venía del patio cesó.

De allí a poco, se oyó en el silencio de la noche una clara y bien timbrada voz que cantaba este romance:

«Me tiene el alma en un grito
la moza de la posada,
que es la moza más gentil
que pude echarme a la cara.
Si lejos de ella me encuentro
en arrieriles andanzas,
suspiro a mares por verme
en la tierra cortesana,
barrio de la Morería,
portalón de la posada.
¡Pardiez, que toda la sangre
me bulle que se me escapa
cuando a la moza que quiero
la miro galanteada!
Muchas, ¡mi Dios!, son las noches
que el sonar de las guitarras
a mi aposento se llega
pasando por su ventana.
¡Mi cuchillo cabritero
les pusiera por mordaza!
Hay una copla que dice
(quien la compuso malhaya)
que las mozas de mesón
parécense a las guitarras,
porque a su sabor las tañe

cada viajero que pasa.
¡Juro a Dios que la mi moza
no tendrá más quien la taña
que el arriero de su vida
con las púas de su alma!
Mocita yo la quisiera
que el perro oficio dejara,
porque la gente trocara
el llamarla posadera
y arrierita la llamara».

No le hizo a Ricardo mucha gracia la canción (que, desde luego, entendió que a nadie más que a Ginesa iba encaminada), porque pensaba que, sin duda alguna, era el espejo de todos los ojos y el cebo de todas las ansias; mas luego, se tranquilizaba con este bálsamo:

—Me quiera ella, que yo fío que a nadie más dará quebrantos, porque me la llevaré donde no otro que yo la admire y la adore y se recree con su hermosura.

Y, subiéndosele tanto amor a la cabeza, tomó la pluma y compuso este romance, que miren por donde es bueno que en los cuartos de las posadas haya recado de escribir:

«Quisiera que fueras fuente
para beber de tu agua;
que fueras sol para ahogarme
con el calor de tus brasas;
nieve fría que en enero
azotárame en la cara,
y tierra que me acogiese
en el fin de mi jornada.
Me dijeran que el querer
intenso que me juraras
era falso, y en un punto
perjura le quebrantaras
y ahorrara en el mismo instante
que el duelo se me probara,
el vivir, Ginesa mía,
pues que mal vivir le alcanza
a quien antes que la vida
le han arrebatado el alma».

*

Fue hora de la cena, y bajó Ricardo a la cocina, avisado por una moza de servicio, que, por descompuesta y no nada limpia, parecía brotada en el mismo tronco que aquella insigne Maritornes que anda por las doradas páginas del más famoso libro que se escribió en el mundo.

*

Cenó el hombre con mucha gana, que la ilusión de lo que tenía delante de los ojos y entre ellos le quitaba las furias del hambre.

Cuando terminó la cena y se levantaron los manteles, y la mayoría de los huéspedes se desparramaron por aposentos, patio y zaguán (pues que todo sitio se aprovechaba, porque la gente del campo tiene anchas espaldas y suele hacerse a toda incomodidad), buscó de nuevo Ricardo a la niña de Plata para ver acabar su pleito.

Ya había acabado su quehacer y dado cuenta al tío de la marcha del negocio en aquel día, y así pudo tomarlo con alguna calma, aunque no tanta como quisiera el enamorado galán.

XI

Y comenzó el coloquio por estos derroteros.

—¡Cuánto me pesa veros en esta vida!

—¿Por qué?

—Porque más tenéis trazas de reina.

—¿Pues aquí pensáis que no lo soy? La misma soberana, mujer del Rey, no tiene ni entiende en tanto gobierno de España como yo en esta propiedad de tierra.

—Otro gobierno es el que yo quisiera para vos, con un solo vasallo, que vos donde quiera que sirváis tenéis que ser señora, más que tuvierais por dama a la misma luna, y bien se os puede aplicar aquel soneto que parece cortado para vos:

Si no hay en el decirlo gran pecado,
cuéntame, Belisarda, por tu vida
cómo naciendo para estar servida,
te ha placido tomar tan bajo estado.
Lindaza, ha tu merced tan repulida,
y gracia y galanura en tanto grado,
que bien pudieras presidir estrado
donde quiera que tu ama le presida.
Si ella, en ciencia de amor, es profesora,
mal puedes tú valer para enfermera,
pues que tienes la borla de doctora.
Y ya sé yo muy bien de quien rasgara
las vendas que una reina le pusiera,
si luego tu merced las hilvanara.

—Gracias por la lisonja.

—Bien pueda dar algunas quien tantas tiene de sobra. Decidme, ¿comenzáis a quererme ya?

—Ricardo, yo no sé si os quiero o no; solo puedo decir que el agradecimiento a que os estoy obligada me tiene puesto en mi pecho algo más que amistad y afecto, pero que aún no llega a ser amor. Aquel pesar mío fue tan grande, más que por el pesar en sí, por el escarnio que trajo de mi persona, que me ha dejado el corazón muy tardo para otra pasión nueva. Me veo completamente sola en el mundo, porque mi tío harto hará con pensar en irse muriendo, y

no me hallo con fuerza para tomar un hombre por mío, porque siempre me parece que tendré que estar humillada ante él.

—Ginesa, con ser muy honda esta pena para mí, es tanto y tan grande mi amor que bien os puedo jurar, sin peligro de hacerlo en falso, que no habría otro pensamiento que se le pusiera delante; mirad cómo será, que en queriéndonos, tengo hecha determinación de que nos casáramos el mes que viene.

*

Comenzaba a ver Ginesa que el amor que aquel hombre le ofrecía era ingenuo, brotado limpiamente en el corazón, sin sombra en los demás sentidos, y comenzó a apesadumbrarse.

Pero los primeros brevísimos instantes, esos en los que se desarrolla toda emoción y llegando apenas a componer un segundo parecen siglos, fueron de alegría por encontrar quien le diera su nombre y la rescatara noblemente al bienestar de la vida. Fue el alma de la mujer que piensa que su camino en el mundo es casarse y se halla con él medio andado.

Pero enseguida vino la otra reflexión al acordarse de la cita que por miedo tuvo que dar a Laurencio para aquella misma noche. —¿Qué hice yo? —y comenzó a querer desandar lo andado; pero acontecía que, pugnando por convencer a Ricardo de que ella no era mujer que se mereciera aquel sacrificio, le enamoraba más, y con doble fuerza le indignaba de su parte.

—Pasados los primeros días de ilusión, comenzaréis a pensar que en estos labios se han puesto otros labios que no fueron los vuestros y otros brazos se adueñaron del cuerpo, y así, con la tortura del constante pensar, vendrá el aborrecimiento y al fin el desvío. Ricardo, reflexionadlo mejor y os convenceréis de que yo no soy para mujer casada con quien sepa mi vida anterior.

—Por este mismo cariño que os tengo y la mano que os ofrezco —le rogaba el mozo—, os pido que de aquello nunca más os volváis a acordar, tenedlo como si nada hubiese pasado, que yo, desde ahora, os prometo que, así en mi pensamiento como en mi corazón, no quedan resquicios si no es para quereros.

—Ricardo, mirad que os hablo con toda la nobleza de mi alma. Advertid que en las cosas de amor no hay nada tan difícil de encomendar al olvido como los pasos que el amor que nos aprisiona nos dio enlazado de nuestra mano.

*

La avisó en esto una zagalilla de que subiera a ponerle el reparo a su tío, que ya era tiempo. Y con ello vio, como dicen, el cielo de par en par, pues tendría tiempo de evitar la llegada de Laurencio.

—Pensadlo bien, Ricardo, por lo mismo que decís que me queréis con tantas ansias. Ved que, cuanto más fuerte es el amor, tanto más cruel es luego el odio —dijo, y salió de la cocina prometiendo volver.

XII

Antes de entrar en el aposento del Manchao entró en el suyo la niña de Plata, y cerró enteramente la ventana por donde habría de entrar el seductor.

Como el que espera, desespera, cuando transcurrió como un cuarto de hora, que a Ricardo se le antojaron cuatro cuando menos, determinó subir a su aposento, por observar desde él qué causa obligaba a la tardanza.

En aquel mismo instante dispuso el Diablo que llegase Laurencio a la cita, y a igual tiempo que Ricardo subía las escaleras que al corredor llevaban, escalaba el otro la ventana de Ginesa; pero, así como llegó a ella, se encontró con que estaba cerrada, empujó de recio y vio que no estaba con ánimos de abrirse.

Se enfadó de la burla y, como era hombre voluntarioso y de no buenos hígados, no pensó sino en tomar venganza.

Vio que al lado estaba otra que correspondía a un pajar, y embocó por ella osadamente.

Ya en esto llegaba Ricardo al corredor y el otro salía en busca del aposento de Ginesa.

—¿Quién va allá? —gritó Laurencio echando mano a la daga.

Y el otro, pensándose que era alguna venganza prevenida por Ginesa, se echó atrás buscando nuevamente el sitio por donde entrara, al mismo tiempo que decía:

—Pues qué, ¿la señora Marizápalos tiene guarda de honor? Ello es tanto como no tener dineros y prevenir de bolsillo.

Ricardo, que, aunque hubiese tardado cien años en encontrarse con Laurencio, no se le despintaba la voz, lo conoció enseguida y, yéndose hacia él de un salto de tigre, le dijo:

—Al fin caíste; ya era hora, galán. No habías perdido las mañas. Entraste por donde los ladrones. ¿Qué venías a buscar?

—¿Qué pudiera sino lo que es mío?

—Pues yo soy quien tiene que dártelo.

A este tiempo, aunque el ruido que hacían ambos no era mucho, pues Ricardo quería, ya que la venganza se le acercaba tan a la mano, tomarla sin testigos, se sintió el jadear y salió Ginesa al corredor seguida de la otra moza, que traía un velón en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Mas pronto conoció lo que era viendo a Ricardo abrazado con un hombre, dando tumbos por el suelo.

Mirando el mal negocio, comenzó a dar voces pidiendo socorro, con lo que alborotó toda la casa, y hasta el Manchao salió medio arrastras como bien pudo.

Los enconos de los dos hombres se habían despertado con instintos de fieras.

La daga de Ricardo dio en la diestra de Laurencio, el cual le tiró un terrible tajo a su adversario; pero, más fuerte y más rápida la mano de este, se apoderó del brazo ofensivo y, volviéndole contra su dueño, le hizo que por sí mismo se clavara el arma en el pecho.

Consiguieron al fin separarlos y dejar a Laurencio en su agonía.

—Me perdió para toda la vida —decía Ricardo bañados en lágrimas los ojos, mientras se dejaba maniatar.

La niña de Plata, por impulso de humanidad, o por fuerza de amor, que siempre da aroma en las lindes de la muerte, acudió al herido.

Este, con los ojos muy abiertos, la miraba, mientras las manos se crispaban en los últimos espasmos.

—Solo un consuelo puedes darme —le dijo con un hilo de voz—, aunque tanto mal te haya hecho, que procuraras mi fin: que me des un beso; ya conocerás que poco puede guiarme el pecado cuando estoy para partirme de esta vida. Es el último beso; el primero me lo diste por amor, sea el último por compasión. Ginesa, volviendo los ojos hacia donde Ricardo estaba, se acercó al moribundo y, arrodillándose ante él como ya pudiera ante su tumba, fue a posar sus divinos labios, ahora pálidos como un clavel marchito, sobre la helada frente.

Laurencio seguía rascando con las manos en su torno; alzó la diestra armada con el acero que le trajo la muerte y, desde la oreja a la boca rajó, como acostumbran los jaques con sus coimas, la pálida y bella faz de La niña de Plata...

Madrid — Abril, 1916.